

LAS EXPERIENCIAS PRE-*PÁGINA/12*

El deshielo posdictadura en el campo periodístico argentino

Sebastián Ernesto Ackerman

Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Argentina.

sebasackerman@gmail.com

Recibido: 15 de febrero de 2021

Aceptado: 03 de Mayo de 2021

Identificador permanente (ARK): <http://id.caicyt.gov.ar/ark:/s18535925/pi0bte60v>

|1|

Resumen

Página/12 fue el último diario cuya aparición en nuestro país generó transformaciones en la manera de ejercer el periodismo gráfico en Argentina. Su irrupción, sin embargo, no fue resultado del azar ni sólo de la creatividad individual de sus fundadores, sino que se debió a la condensación de una serie dispersa de prácticas periodísticas llevadas adelante en distintos momentos de nuestra historia; y a la necesidad de renovar una práctica tras años de represión en la última dictadura cívico-militar (1976-1983), que produjeron como resultado un periodismo casi inerte.

En ese sentido, en el presente artículo intentamos retomar algunas de esas experiencias previas al surgimiento del diario en 1987 que, creemos, le dieron marco a la aparición del nuevo emprendimiento periodístico. Tras años de quietud y conformismo (con honrosas excepciones) se produjo un deshielo que derivó en una multiplicación de novedades culturales, que se mantenían latentes u ocultas durante la dictadura. A partir del recuerdo de distintos autores, intentamos rastrear esos indicios en el periodismo vernáculo que permitieron y gestaron la creación de un nuevo diario que llevara adelante un nuevo estilo de informar, sin ataduras con el período recién superado.

Con el retorno de la democracia se dio una especie de dislocación entre los públicos que se constituían en la nueva sociedad y las formas de representación periodística que los diarios arrastraban del pasado reciente. Esa distancia entre la demanda de formas más desacartonadas, politizadas y con guiños entre culturales y humorísticos, y las maneras almidonadas de redacción de los diarios más tradicionales de la entonces Capital Federal resaltó la necesidad de un medio que ocupara ese lugar y se consolidara como producto comercial, ya que hubo antecedentes que cumplían con esos requisitos, pero no lograron permanecer en las calles por su inconsistencia económica.

Palabras clave: periodismo, *Página/12*, producción social de sentido, oficio periodístico.



THE PRE-PÁGINA/12 EXPERIENCES

The post-dictatorship thaw in the Argentine journalistic field

Abstract

Página/12 was the last newspaper whose appearance in our country generated transformations in the way of practicing graphic journalism in Argentina. Its irruption, however, was not the result of chance or only the individual creativity of its founders, but was due to the condensation of a dispersed series of journalistic practices carried out at different moments of our history and the need to renew a practice after years of repression during the last civil-military dictatorship (1976-1983), which resulted in an almost inert journalism.

In this sense, in this article we try to take up again some of those experiences prior to the emergence of the newspaper in 1987 which, we believe, provided the framework for the emergence of the new journalistic enterprise. After years of quietness and conformism (with honorable exceptions) there was a thaw that resulted in a multiplication of cultural novelties, which were kept latent or hidden during the dictatorship. Based on the memory of different authors, we try to trace those signs in the vernacular journalism that allowed and conceived the creation of a new newspaper, which would carry out a new style of informing, without ties with the recently overcome period.

With the return of democracy, there was a kind of dislocation between the audiences that were constituted in the new society and the forms of journalistic representation that the newspapers carried over from the recent past. This distance between the demand for a more uncartoned and politicized form of journalism, with cultural and humorous winks, and the starchy ways of writing of the more traditional newspapers of the then Federal Capital, highlighted the need for a medium that could occupy that place and consolidate itself as a commercial product, since there were precedents that met those requirements, but did not manage to remain in the streets due to their economic inconsistency.

Key words: journalism, *Página/12*, transformations, journalistic profession.

Introducción: un contexto de efervescencia

Tras la caída de la dictadura cívico-militar, el ambiente cultural tuvo un florecimiento en el que puede incluirse al nacimiento del diario. Las actividades creativas vivieron lo que podría llamarse una “explosión” que vino de la mano del retorno de la democracia. En ese sentido, podemos ubicar en este proceso a diversos productos que tuvieron su aparición a mediados de la década del 80: el Centro Cultural Ricardo Rojas y su teatro experimental; la creación de la radio FM Rock&Pop; el Centro Parakultural, un hervidero

de la cultura *underground* de la ciudad, en el que nacieron el grupo de teatro Gambas al Ajillo, Batato Barea y Alejandro Urdapilleta, entre otros.

En este marco de transformación de diversas áreas de la cultura nacional, también el campo periodístico fue terreno de experimentaciones e innovaciones en sus formas y contenidos. Desde las Ediciones de la Urraca, con productos que aparecieron post 1983 pero también con la fuerza de los que pudieron sortear varios años de la dictadura cívico-militar, se editaron revistas que abordaban temas considerados tabú en la sociedad argentina (o, por lo menos, en sus medios) como la homosexualidad, el SIDA y las drogas; suplementos que les hablaban (y a la vez formaban) a un nuevo tipo de lector. Y, claro, periodistas que debieron guardar silencio o “disimularse” en esos años previos.

Este es el ambiente, la cuna, en la que se meció el proyecto *Página/12*. Arropado con la efervescencia del retorno democrático y las posibilidades que se abrían a nuevas experiencias culturales, enmarcado en diversos proyectos (que en general tendieron a ser económicamente negativos) y retomando algunas de las experiencias inmediatamente previas al golpe de Estado de 1976, fueron varias las vías de confluencia que se entrecruzaron para dar como resultado un producto innovador en el mercado periodístico cotidiano.

En ese sentido, haciendo un rápido paneo por los productos más recordados de aquella época, Eduardo Anguita detalla que surgieron muchos emprendimientos periodísticos tanto empresariales como independientes, con suerte dispar, acompañados aunque fuera a “cuentagotas” por la publicidad oficial. Y asegura que:

En ese contexto dificultoso para una publicación de izquierda –y por más casualidades que cálculos– fue que Jorge Lanata pudo dar a luz su idea de *Página/12*. Conoció a Fernando Sokolowicz a través de amigos en común que militaban en el Movimiento Todos por la Patria y que consiguieron los fondos iniciales para el surgimiento del diario. Sokolowicz se animó a poner su nombre en el lugar de editor responsable. (Anguita, 2002: 61)

En las siguientes líneas haremos un recorrido histórico (obviamente incompleto) de unos años que, a nuestro entender, propiciaron cambios en la forma de ejercer el periodismo profesional, en el marco de una serie de transformaciones en diversas prácticas sociales que resurgieron al calor del fin de una dictadura cívico-militar genocida y la recuperación democrática. Para ello, utilizaremos una bibliografía que refiere sus descripciones y análisis a estas distintas dimensiones socioculturales, y a partir de ello desplegaremos algunas ideas sobre cómo ese contexto tuvo su aspecto determinante (no causal, sino en el sentido de “condiciones de posibilidad”) para el surgimiento del novel diario.

“Los diarios entraron en cadena”

Cuál fue el papel desempeñado por los diarios en los momentos previos al golpe de estado de marzo del 76 no vamos a analizarlo aquí, porque excede los marcos de este trabajo y porque ya se ha escrito al respecto.¹ Sin embargo, sí podemos mencionar que, independientemente de sus responsabilidades en la generación del “sentido común” de que el golpe era necesario, la actividad periodística tenía un alto nivel de producción, de debate y de participación en la vida social.² Producción que se vio violentamente interrumpida el 24 de marzo de 1976, momento en el cual los diarios comenzaron a funcionar, primero, con censura previa, ejercida por militares en ejercicio del Poder Ejecutivo, y luego, en un segundo y más asfixiante nivel, con autocensura.

En este sentido, Eduardo Blaustein y Martín Zubieta (1998) recuerdan aquel 24 de marzo como el día en el que se le comunicaban al país los objetivos del nuevo gobierno de facto:

El único documento oficial al que presuntamente debería remitir el imperio del silencio que envolvió a la prensa argentina nace el mismo 24 de marzo del 76 y corresponde al comunicado N°19 de la Junta Militar que establecía penas de diez años de reclusión “al que por cualquier medio difundiere, divulgare o propagare noticias, comunicados o imágenes con el propósito de perturbar, perjudicar o desprestigiar la actividad de las Fuerzas Armadas, de seguridad o policiales”. (...) También se instaló un amable Servicio Gratuito de Lectura Previa en el interior de la Casa Rosada. (Blaustein, Zubieta, 1998: 23)

|4|

Este proceso que devino en autocensura (el “autocontrol” de no publicar nada “peligroso” o que pudiera incomodar a las autoridades militares, la internalización del Gran Hermano a los quehaceres cotidianos) produjo que los diarios se “achataran”, que sus contenidos y productos informativos se convirtieran en una especie de continuidad entre la oficina de despachos oficiales o partes militares y los lectores. En ese sentido, vale destacar “de qué manera más económica y contundente Rodolfo Terragno, en su editorial de abril de 1976 en *Cuestionario*, describía el impacto de los primeros días del golpe: ‘los diarios entraron en cadena’” (Blaustein, Zubieta, 1998: 24).

El resultado fue esa prensa que poco decía, que poco arriesgaba (hay excepciones fuertemente valorables, que van desde Rodolfo Walsh y su agencia ANCLA, en donde trabajaban –dentro o fuera de su “estructura formal” – muchos periodistas, hasta Jacobo Timerman desde *La Opinión* y Robert Cox con *Buenos Aires Herald*, por ejemplo) y que poco aportaba a la vida social, haciendo de las rutinas periodísticas también una rutinización de la información. Los años de la dictadura cívico-militar fueron, en términos generales, un tránsito sin demasiados sobresaltos del periodismo, un presente continuo sin mayores novedades y sostenido solo por una rutina del ejercicio periodístico de la

¹ En este sentido, véase Blaustein y Zubieta (1998), Borrelli (2016), Ulanovsky (1997).

² Pueden recordarse los debates que se generaban a través de las páginas de *La Opinión*, *La Prensa*, los mismos *Clarín* y *La Nación* o los nombres que firmaban notas en los distintos diarios.

publicación de información que poco decía y que en el mejor de los casos, más bien pocos, insinuaba.

Es en esta repetición de la información (tanto en su forma como en su contenido), en este achatamiento del mundo narrado en los periódicos de la época (lo que no significa que no hubiera un mundo *narrable* mucho más rico, con más detalles, relieves, rugosidades y hechos que contar), como la práctica periodística y la mostración de su producto se fueron convirtiendo en una rutina que se repetía como en una cinta fordiana: se agotaba en la repetición del movimiento. En este sentido, y visto en retrospectiva quince años después de sucedido, cuando todo parece posible de ser dicho en cualquier medio en cualquier momento, los autores de *Decíamos ayer* señalaban que:

Esa prehistoria neblinosa de los medios encierra dos períodos de extraordinaria importancia histórica: la dictadura primero y la transición después, que prefiguró la importancia y la identidad actual de la maquinaria mediática, un periodo que de manera simplificadora puede establecerse entre el shock de Malvinas y la derrota electoral del alfonsinismo en 1987. (...) Los primeros años de esa prehistoria sorprenden a los grandes diarios congelados en un tiempo cultural jurásico: emergen de la noche como diarios “provincianos” que atrasaban mucho más que siete años; anticuados, acartonados, adocenados, opacos, pobres en sus múltiples potencialidades expresivas. (Blaustein, Zubieta, 1998: 16)

|5|

En este “momento de deshielo”, los periódicos se ven sorprendidos por nuevas formas de hacer política y por renovadas formas de participación ciudadana. Y demoran un tiempo en acomodarse a estos nuevos modos del hacer social con los que habían dejado de estar familiarizados, ensimismados por prácticas rutinarias que lejos estaban de dar cuenta con celeridad de estos cambios sociales. Ese anquilosamiento se demostró también de manera cuantitativa: a pesar de publicarse mayor cantidad de diarios y revistas que en años anteriores, su nivel de ventas y circulación descendió aun teniendo más diarios y revistas en la calle. Es lo que destacan Jorge Rivera y Eduardo Romano al señalar que en estos años hubo un cambio en el lugar que ocupaban los medios (gráficos, en nuestro caso) en el debate social, donde competían e interactuaban con otras instituciones de la vida pública como partidos políticos, sindicatos, aparatos culturales, el sistema educativo, etc.

La penuria de sentido y el empobrecimiento de la vida cultural se tradujo, de esta manera, en el significativo descenso de ciertos consumos, como el de revistas nacionales, que bajó de 135 millones de ejemplares circulados en 1974, dentro del Gran Buenos Aires, a niveles promedio de 85 millones durante el lapso 1977-1979, a pesar del incremento de títulos (esto es, de productos alternativos) que se verificó durante el mismo período. (Rivera y Romano, 1987: 40-41)

Además de las revistas, Rivera y Romano también retoman un estudio sobre la impresión y circulación de los diarios donde se suman, a problemas estrictamente periodísticos como los que ya mencionamos, otros como la disminución progresiva de lectores, la menor inversión publicitaria en medios escritos, el constante aumento del papel y de sus costos conexos (servicios financieros, fletes, depósitos, etc.) y las dificultades empresariales para encarar su reequipamiento técnico, por lo que no se permitían ser muy optimistas sobre el futuro de la prensa gráfica si esas variables se mantenían. Mientras que en 1973 cinco diarios editaban 1.830.000 ejemplares diarios, en 1983 once diarios sumaban 1.060.000 ejemplares. Los números son elocuentes: en diez años, más del doble de publicaciones tenían casi la mitad de tirada.

En este sentido, la necesidad de transformar las rutinas periodísticas y también la manera de relacionarse con sus lectores era una necesidad imperiosa de los medios. Y allí *Página/12*, ayuna de toda relación con ese pasado “oscuro”, marcó un quiebre en ese doble vértice de la práctica periodística: sus maneras de hacer por un lado y, por otro, la manera de interpelar a los lectores y relacionarse con ellos.

Ahora bien, ¿por qué decimos todo esto sobre *Página/12*? A nuestro entender, el diario fue una de las formas de materialización de una posición política (que involucraba a diversos actores) que creció entre los años finales de la dictadura cívico-militar y los primeros del gobierno de Raúl Alfonsín. En palabras de Gabriel Vommaro:

La construcción de una nueva tradición democrática fue el producto inacabado, constituido y reconstituido en la lucha política, de las acciones y los discursos de un conjunto de actores que lograrían hacer legítima una cierta lectura de la derrota del peronismo y del nuevo ciclo político abierto. La revalorización de la democracia y de los derechos humanos, así como *la idea de que las tradiciones del pasado no operarían con la misma fuerza que antes, estaban presentes en este nuevo tiempo histórico*. El discurso y la propuesta política del presidente electo, Raúl Alfonsín, jugaría un rol importante al respecto: la apelación a la democracia como la forma más legítima de resolución de problemas y conflictos, su significación como valor en sí mismo, son en este sentido factores centrales. Este discurso era en cierta forma inédito en la tradición política argentina, en la que se rechazaba de diversas maneras la formalidad democrática en nombre de otros principios trascendentes como la justicia social, el socialismo, el orden o la modernización. Por otra parte, la valorización de la democracia era acompañada de una defensa de la noción de derechos humanos igualmente extraña a los discursos políticos anteriores. *Los publicistas, los periodistas y los dirigentes políticos ligados a la derecha liberal también participaron de este proceso en el que nuevas formas de sancionar lo legítimo y lo ilegítimo, lo deseable y lo indeseable, se forjaron para la política argentina*. El trabajo de independización de los periodistas políticos como profesión de

“mediación” social, por otra parte, también se realizó en relación con el malestar en la representación político-partidaria ligada al pasado, otro de los temas que harán época en el nuevo tiempo. (Vommaro, 2006: 262) (el destacado es nuestro)

En estas líneas de Vommaro vemos que había una especie de “corriente subterránea” de actores sociales, más ligados a los movimientos de derechos humanos que a los partidos políticos tradicionales, que pugnaban por salir a la superficie discursiva social, participar de la disputa por el sentido y de esa manera constituirse en actores sociales de la Argentina de aquellos años. Entonces, es en este período de transición donde se da esta desarticulación entre las demandas sociales a los medios y la respuesta (dislocada) que éstos suelen dar. Más allá de algunas experiencias que tuvieron suerte dispar en estos años, los diarios tradicionales solían “errar el tiro” cuando intentaban interpelar a las nuevas generaciones de lectores y dar cuenta de sus demandas. En esta línea de lectura, Heriberto Muraro hace un análisis de ese desfase en estos términos entre un nuevo tipo de lector (joven, con buen nivel educacional, con filiaciones partidarias livianas pero con gran interés en la política):

|7|

En períodos de transición se producen rupturas entre el aparato industrial de los medios y la organización del público, dato que permite el lanzamiento de nuevas empresas o proyectos editoriales. Mientras el grueso del aparato sigue concentrado en las manos de unos pocos medios, en el otro extremo hay un crecimiento de la demanda de ciertas formas plurales de comunicación que no han encontrado todavía su respuesta. (citado en Rivera y Romano, 1987: 217)

Esta especie de dislocación entre lo “real” y sus representaciones es lo que, a nuestro juicio, permitió en primer lugar concebir un medio periodístico como *Página/12* con la problemática de los derechos humanos como tema central de su agenda –aún cuando en sus páginas no hablara específicamente de ello–, la democracia como forma de gobierno insuperable en cuanto a legitimidad –pero por supuesto con fallas y errores a corregir– y una característica que más de 30 años después sigue sosteniendo: recuadros con fotos y retratos de detenidos-desaparecidos y un texto recordándolos, acercados al diario por familiares, amigos o compañeros de las víctimas del terrorismo de Estado. Y luego, por supuesto, materializarlo.

El retorno de la democracia fue también un aliciente para poder llevar adelante procesos de transformación necesarios en el ámbito cultural, para que fueran adaptándose a las nuevas demandas y necesidades sociales desplegadas a partir de diciembre de 1983. En el periodismo, particularmente, creemos que esos cambios no fueron un desplazamiento de formas, estilos y prácticas enraizadas en las diversas redacciones, anquilosadas por los años de la dictadura cívico-militar previa al alfonsinismo, lo que hizo más complejo este

proceso modernizador. En ese sentido, sostenemos que éste se dio casi como una prueba de ensayo y error, a través de diversas experiencias llevadas adelante por periodistas que buscaban nuevas formas de conjugar a la práctica periodística con el estallido que se estaba produciendo, sobre todo de la mano de las nuevas generaciones, en el campo de la cultura.

Pero tampoco era una cuestión sencilla que la realización de cambios en la forma de hacer periodismo tuviera garantizado el éxito necesario para sostener en el tiempo una apuesta periodística. Lejos estamos del sentido común que sostiene –a veces literal, pero en la mayoría de las oportunidades metafóricamente– que “en Argentina tirás una semilla y crece”. En los años previos a la aparición de *Página/12* hubo una experiencia de modernización que llevó casi a la desaparición al octogenario diario *La Razón*.

Durante el autodenominado Proceso de Reorganización Nacional, este vespertino apoyó en términos generales a la dictadura. Con el retorno de la democracia, no sólo sus formas resultaron anacrónicas (Félix Laiño lo seguía dirigiendo y diagramando como hacía veinte años), sino que también lo era su posición político-ideológica. Y para transformar ambas posturas, los dueños del diario (los hermanos Peralta Ramos) decidieron reemplazar al subdirector general por Jacobo Timerman, que había vuelto al país tras cuatro años de exilio en Estados Unidos e Israel. Este cambio en el timón periodístico (llevado a cabo el 15 de agosto de 1984) trajo aparejados también cambios en la forma de hacer periodismo de *La Razón*: aparecieron notas con la firma de los periodistas, se contrató a periodistas jóvenes (de entre 20 y 30 años) en una redacción que tenía de promedio de edad 50 y –junto con los silencios cómplices– se publicaron artículos en los que se acusaba de genocidas a los líderes de la recién terminada dictadura cívico-militar.

Pero tal vez el cambio más grande haya sido su paso a matutino, que Timerman convenció a Patricio Peralta Ramos (de los hermanos, el que figuraba como director del diario) de hacerlo en tamaño tabloide. En la madrugada del 4 de diciembre apareció con una tapa con poco texto, varios títulos e irreconocible para sus lectores. Durante el año de Timerman al frente del ahora matutino, las ventas bajaron de 180.000 a 27.000 ejemplares diarios.³ Mochkofsky sostiene que se había difundido la idea de que el fracaso de Timerman (el mayor de su amplia carrera profesional) se debió a que “estaba viejo, que *La Razón* había sido un anacronismo, porque ya no era capaz de interpelar a la nueva clase media, trágicamente marcada por la dictadura”⁴ (Mochkofsky, 2003; 454).

³ Mochkofsky recuerda que Timerman argumentaba que este descenso de ventas y el también enorme descenso de los avisos se debía a una “campaña” en su contra organizada por la Unión de Recorridos (canillitas de la tarde) y la Asociación de Distribuidores de Diarios y Afines, *Clarín* y *La Nación* (socios de *La Razón* en Papel Prensa). Véase Mochkofsky (2013: 444 y ss).

⁴ Con Timerman ya fuera de la dirección del diario, *La Razón* siguió saliendo como matutino hasta poco tiempo después de que *Página/12* apareciera en las calles. Sin embargo, el giro democrático que el ex fundador de *La Opinión* le dio al diario se manifestó cabalmente en su aparición en las jornadas del levantamiento carapintada de Semana Santa de 1987: pese a que el Viernes Santo es feriado para el gremio de prensa gráfica, un grupo de periodistas se presentaron a trabajar y sacaron un breve ejemplar de cuatro páginas que se repartía gratuitamente en la Plaza de Mayo.

El intento de revivir algunas de las características de su anterior emprendimiento periodístico (*La Opinión*) en la etapa post dictadura cívico-militar fracasó, pero el problema no fue, según Bernetti, tanto un asunto de repetición (recrear una experiencia exitosa en otro contexto) como de interpretación de nuevas demandas: según el periodista y doctor en Comunicación, había que crear una nueva “clave interpretativa” para la práctica periodística y sus lectores. Enmarcada en ese análisis, Bernetti considera la aparición de *Página/12* como “la experiencia periodística más original de los últimos años en Argentina” (Bernetti, 1992: 7).

Nueva clase media, nuevos lectores. Nada estaba garantizado. Entonces, las nuevas experiencias, dispersas, al tanteo, debían buscar modernizar no sólo el lenguaje y el estilo, sino que trataban de encontrar la senda de un periodismo rejuvenecido por su entorno cultural. Y muchos de estos ensayos se producían a partir de propuestas y apuestas de periodistas que ya tenían cierta trayectoria, cierto recorrido en el campo pero que tuvieron que discontinuar su profesión a partir del golpe de Estado de 1976, ya sea abandonando por un tiempo el periodismo, pasando a la clandestinidad o exiliándose del país. Con el retorno de la democracia, muchos de ellos intentaron construir un espacio mediático donde sostener una visión periodística “de izquierdas” (en un sentido amplio, no sólo partidaria u orgánica). Pero no sólo buscaban desde dónde sostener su visión del mundo, el país y la actualidad: también querían fundar una nueva forma de ser “de izquierdas” y “desprolijos” a la vez, en el sentido de alejarse de los formalismos y los encorsetamientos discursivos que los medios partidarios orgánicos obligaban a sostener a sus redactores.

|9|

Un gesto de libertad

La aparición de *Página/12* la incluimos en la serie de experiencias periodísticas de esos años 80 en los que, si muchas veces se dijo que *Primera Plana* no hubiera podido existir sin *Times* ni *Newsweek*, o *La Opinión* sin *Libération*, muchas de las fundaciones de diarios y revistas en esta época se inspiraron en lo que podríamos denominar “el periodismo francés”: publicaciones que se ubicaban conscientemente como un segundo diario, más de análisis y opinión que de información, con un nuevo estilo de escritura, textos largos y hasta un poco enrevesados, e identificables por la firma del periodista. Además, a pesar de sostener una postura “de izquierdas”, este tipo de experiencias rompía con la prensa partidaria ya que descreía de esa forma vertical (que muchas veces llevaba a la censura o autocensura de ciertas expresiones o ideas por no ceñirse a la línea del partido) de hacer periodismo; buscaba constituir una forma de prensa “contrahegemónica”⁵ que disputara el terreno de legitimidad a los diarios ya existentes (y en muchos casos, con una gran trayectoria); y que no tuviera relación con organismo estatal alguno.

⁵ A pesar de lo discutible del concepto (para nosotros, la disputa por la hegemonía se da dentro de la hegemonía), sirve para plantear el punto de debate: romper con la idea y forma hegemónica de llevar adelante la profesión de periodista y la manera de informar.

La relación entre este tipo de periodismo “de izquierdas” no era nuevo en el país, pero sí la forma en la que, en este caso, se vincularon el sector que financió la publicación (es decir, una agrupación política) y la propia redacción, que tenía total libertad para escribir. En ese sentido, Anguita explica cómo funcionaban estos “comisariatos políticos” en casos anteriores:

En el caso de los diarios progres, el sistema de comisariato se originaba en la tradición de tener órganos de propaganda y no de prensa. Repetían el esquema de periódicos partidarios y los directores eran representantes ideológicos y no hombres de la información. (...)

En *Página/12* ocurrió lo impensable: el *sponsor* sólo se reservó para sí el respaldo del proyecto y no se metió en lo periodístico, independizando al diario de compromisos que terminaran actuando como salvavidas de plomo. (Anguita, 2002: 169-170)

[10]

Esa no intromisión en la línea editorial y la libertad profesional se materializa en que quien lleva adelante el proyecto en su dimensión profesional es un periodista, y no un militante político.

Tuvieron una reunión los tres, Provenzano, Sokolowicz y Elizalde.⁶ (...) Si bien Sokolowicz estaba metido en la publicación del Movimiento Judío por los Derechos Humanos y Provenzano seguía de cerca el quincenario *Entre Todos*, sacar un diario era algo diferente. Otra escala. Apostaban al proyecto de un periodista, de Jorge Lanata. De él dependería el resultado. Y Lanata no era un setentista. Era un tipo un poco más joven, más heterodoxo. Completamente irreverente. (Anguita, 2002: 163)

⁶ Anguita cuenta que el financiamiento inicial de *Página/12* llegó desde las filas del ERP (Ejército Revolucionario del Pueblo), que en esos años tenía su base de operaciones en Managua, la capital de Nicaragua, para sostener el proceso revolucionario del país centroamericano. Su “representante” en Buenos Aires era Francisco Provenzano, ex preso político, que a través de Fernando Sokolowicz llevó adelante una negociación para que esa agrupación financiara la salida de un periódico que les resultara políticamente afín, pero garantizando la independencia profesional e informativa. No habría “bajada de línea” ni “manual de estilo”. “Fue Provenzano precisamente quien armó -acaso sin el conocimiento de todos los asistentes- el encuentro de los ex presos con Lanata y Sokolowicz. Invitó a los protagonistas de una trama que entonces sólo figuraba en su imaginación. (...) El objetivo era apoyar, con los medios al alcance de su organización, el surgimiento de un diario de centroizquierda que ayudara a recomponer ese sector en la época de los carapintadas. Eventualmente permitiría también el reingreso pleno a la vida pública de aquellos que una década atrás no sólo habían sufrido una derrota militar sino, sobre todo, política” (Anguita, 2002: 159). En este sentido, se distinguió de la anterior experiencia de un diario financiado por el PRT-ERP, *El Mundo*, en su aparición entre 1973 y 1974; un vespertino que apuntó a destacar las noticias del interior y del Tercer Mundo, pero que fracasó en su política económica por decisiones editoriales que se relacionaban más con la dirección política de los partidos que lo integraban que con la lógica de un medio gráfico.

Esta independencia respecto del Estado y los partidos políticos obligaba a encontrar las formas de financiamiento de los medios en otros ámbitos. Para decirlo de otra manera: para poder existir y mantenerse, debían tener cierto éxito en el mercado, ya sea a través de la venta del producto o de espacio para publicidad. Torsiones de la historia: periódicos con posturas “de izquierdas”, independientes del Estado y los partidos políticos, que deben venderse exitosamente en el mercado para salir a la calle.⁷

Un ejemplo de la necesidad de fundar una manera diferente de sostener este tipo de proyectos es el que llevó adelante Ediciones de la Urraca,⁸ que fundó el humorista y dibujante Andrés Cascioli tras la desaparición de su anterior creación, la revista *Satiricón*, y de la mano de la nueva *Chaupinela* en 1974. Sin embargo, el mayor éxito de la editorial fue con la aparición de *Humor*, que se publicó entre 1978 y 1999. Así lo explicaba Cascioli:

(...) *Humor* lo que ha conseguido es la creación de una auténtica editorial con cuatro o cinco publicaciones, con una línea común, que no depende del éxito o del fracaso de una revista determinada. Nosotros hemos conseguido hacer, finalmente, una editorial de izquierda, progresista... Todas las editoriales, por regla general, están comprometidas con el “establishment”, y creo que son bastante evidentes los deseos de acabar con un proyecto editorial como el nuestro. (citado en Rivera y Romano, 1987: 169)

|11|

Esa “editorial de izquierda, progresista” es el modelo del intento de crear una nueva forma de hacer periodismo en la nueva Argentina. De hecho, *Humor* publicaba notas periodísticas “serias” en sus páginas e incorporó temas de actualidad, aunque había sido creada como una publicación de género humorístico. A pesar de abordar la mayoría de los artículos desde el costado humorístico, hubo algunos temas, recuerda Cascioli, que no podían ser tocados sino con sobriedad:

Al comienzo era muy difícil porque el grado de represión era terrible. Luego, a partir del 80, la presión fue cediendo un poco y ya nos lanzamos a burlarnos de los militares, pero no por asesinos, que lo eran, sino por malos gobernantes

⁷ Con esto no queremos decir que no hubo ninguna experiencia editorial periodística relacionada abiertamente con partidos políticos. Posterior, pero dentro de este movimiento al fin, podemos recordar la aparición del matutino *Sur* en abril de 1989, financiado por el Partido Comunista Argentino. Sin embargo, las diferencias al interior mismo del diario (y de las diversas posiciones de la izquierda argentina en general) hicieron que debiera dejar de editarse en diciembre de 1990. Por sus páginas pasaron varios periodistas, escritores y abogados que antes, durante o después también firmaron sus escritos en *Página/12*, como Osvaldo Bayer, David Viñas, Eduardo Luis Duhalde, Horacio González y Carlos Polimeni, entre otros.

⁸ Como editorial especializada en cómics e historietas lanzó, entre otras publicaciones, *El Péndulo*, *Superhumor*, *Sexhumor*, *El Cazador y Fierro*.

y por las payasadas que hacían. De lo que nunca hicimos humor fue la parte vinculada con la represión y los desaparecidos. Esa parte la tratábamos con mucha seriedad, a través de investigaciones periodísticas. Por momentos creo que nos dejábamos llevar por cierta inconsciencia, pero es que estábamos engolosinados con la enorme repercusión y popularidad de la revista, que era lo que de alguna manera nos cubría las espaldas.⁹

Esta nueva corriente se materializa en la publicación de *El Periodista*, un intento de hacer periodismo pero al estilo que Cascioli tenía en mente para la editorial, como lo explica a continuación:

Se puede decir que *El Periodista* tiene mucho de lo que tuvo que tener *Humor* casi por obligación, porque a partir del 80 nos obligaban los propios lectores a incluir en nuestras páginas a columnistas serios, a los que no se podía leer en otros lados (...) Como no tenemos apoyo publicitario, por ser una editorial de izquierda, progresista, que no responde a los objetivos de estos señores que apoyan únicamente a revistas que por su ideología están decididamente de su lado, hicimos este proyecto, que en realidad todavía nos cuesta mucho porque nunca ha dejado un peso... A este proyecto lo mantiene prácticamente toda la editorial, pero vamos a seguir adelante, pese a todo, y supongo que alguna vez convenceremos a estos señores de que hay que apoyar también a este tipo de publicaciones. (citado en Rivera y Romano, 1987: 168-172)

[12]

Estas publicaciones tenían su “marca de orillo” en el momento histórico en el que vieron la luz, y eso a ambos lados de la revista: por un lado, una redacción que decía lo que pensaba; por el otro, un público lector politizado y comprometido con la incipiente democracia recuperada, público lector que para Anguita (2002), a pesar de la politización, en gran parte no estaba identificado claramente con algún partido político.

Estas características de ubicarse en el amplio espectro de la izquierda ideológica, pero aún así independiente de partidos políticos, y a su vez ser un buen producto “de mercado” es lo que también rescata el periodista e investigador Jorge Bernetti: una publicación que se asume de “izquierda progresista” pero independiente de toda identificación partidaria concreta, con un alto nivel de profesionalismo periodístico. “*El Periodista* vincula armoniosamente la posición ideológica de izquierda con la profesionalidad” (Bernetti, 1992: 5).

En este semanario se destacaba la portada, donde se notaba la influencia gráfica de Cascioli. En cada una aparecían referencias a las notas de ese número, fotografías y

⁹ Testimonio de Andrés Cascioli publicado en la muestra “Escenas de los ‘80-Primeros años” de la Fundación Proa. Extraído de http://www.proa.org/exhibiciones/pasadas/80s/medios_protagonistas.html (acceso 13/07/2016).

dibujos para ilustrar el contenido. Según Gabetta, primer jefe de redacción de *El Periodista*, lo mejor que tuvo la publicación fue poder reunir a jóvenes que luego se destacaron en la profesión con periodistas de generaciones anteriores, lo que generó un producto periodístico novedoso.

En *El Periodista* sabían lo que querían: hacer una revista identificada claramente con posiciones de izquierda, totalmente jugada en la defensa de la democracia, progresista y profesional, no sectaria. Sabían lo que no querían: convertirla, como fueron tantas otras, en una revista “panqueque” (que se da vuelta con facilidad), al decir de Cascioli. Tuvieron repercusión de entrada con una línea en la que si bien a veces flaqueaba la información, golpeaban con denuncias exclusivas y en la que nunca faltaban el análisis ni la opinión. (Ulanovsky, 1997: 324)

Uno de sus logros más recordados también está relacionado con los derechos humanos: en el número 8 publicaron parte de las listas que elaboraba la recientemente creada Comisión Nacional de Desaparición de Personas (Conadep), donde figuraban más de 1.300 nombres considerados represores por los denunciantes. Esto le valió la crítica tanto del gobierno de Alfonsín como de distintos sectores, por ejemplo la Iglesia. Además, logró su mayor número de ventas durante el Juicio a las Juntas, que *El Periodista* cubría con la convicción de que “se estaba frente a un hecho que cambiaría al país” (Ulanovsky, 1997: 325). Vale recordar que en *El Periodista* escribía Horacio Verbitsky, uno de los principales periodistas que participaría en el nacimiento de *Página/12*. Y en *Humor*, hacia lo propio Osvaldo Soriano.

[13]

Otra experiencia de esta nueva forma de llevar adelante la práctica periodística es la que se desarrolló desde las páginas de la revista *El Porteño*, fundada en 1982 por Gabriel Levinas, Miguel Briante y Jorge Di Paola. En sus páginas se abordaban temas hasta entonces poco trabajados o directamente ignorados por los medios de comunicación: la vida de los aborígenes argentinos, la legalización de la marihuana, la homosexualidad y el SIDA, o la apropiación de chicos durante la dictadura entre otros. De hecho, en la semana que trató este último tema sufrió un atentado con explosivos en su redacción.

La característica de *El Porteño* eran las investigaciones con denuncias y una búsqueda continua de nuevas voces y de actores sociales poco conocidos. Estos ingredientes se volcaban sobre un formato que combinaba cierto desparpajo en la manera de enfocar la realidad con la mejor literatura. Algo que la prensa norteamericana ya había bautizado como “nuevo periodismo”, para diferenciarlo de los cánones clásicos de la gran prensa y el formato agenciero. (Anguita, 2002: 155)

De la revista fundada por Levinas, Bernetti señala que tenía un estilo y tono más frontal y agresivo que *El Periodista*, sobre todo por representar, dentro de los semanarios periodísticos, la voz de los sectores jóvenes y progresistas de la sociedad, lo que lo llevó, a su entender, a utilizar un tono más paródico. “*El Porteño* levantó banderas progresistas o batallaba por causas e identificaba grupos con aspiraciones sociales, estéticas o sexuales que no tenían cabida en la prensa industrial y aun mismo en las formaciones políticas sedicentemente progresistas” (Bernetti, 1992: 6).

En esta línea de ampliar las fronteras de lo decible por un medio gráfico y de los temas de su incumbencia, uno de sus fundadores, Miguel Briante, explicó que el origen de la revista era “cultural”, pero no en un sentido restringido: “salimos de la cultura porque entendemos que la cultura es cualquier gesto de un desconocido que persigue el movimiento continuo, un indio del Chaco o Romero Brest escribiendo sobre arte” (Ulanovsky, 1997: 292). Esta renovación de los temas y las formas de desarrollarlos le valieron el apoyo del público: de su primer número vendió 5.000 ejemplares de una tirada de 8.000, cuando el semanario uruguayo *Brecha* tenía un promedio de venta de 1.000 ejemplares.

Todavía en dictadura, *El Porteño* adoptó la temática de los derechos humanos: en su vigésima edición publicó un informe sobre chicos desaparecidos por la represión militar, lo que produjo que le colocaran una bomba en la redacción de la revista, en la calle Cochabamba. Pablo Avelutto, primero lector y luego colaborador de la revista, afirma que “*El Porteño* les enseñó a pensar a sus lectores. Instaló temas, como el de los aborígenes, que yo nunca había visto en otro lado, hizo evidentes los vínculos entre cultura y política y generó debates sobre los derechos humanos” (Ulanovsky, 1997: 293). De la revista donde participaron también, de distintas maneras, Jorge Lanata, Ernesto Tiffenberg y Eduardo Aliverti, se recuerda como una de las “inspiraciones” para *Página/12* la sección “The Posta Post”.

De la misma época, vale recuperar (aunque no lo desarrollemos en estas líneas, y sea sólo una mención en este trabajo) los suplementos y revistas que respondían y a la vez construían ese nuevo público lector joven, con intereses renovados y que se estaba formando en otro ambiente político cultural. Algunas de estas publicaciones (de variadas duraciones y repercusión) fueron *Cerdos & Peces*, *Tiempo Joven*, *Sí* y *Babel*, entre otras.

A modo de cierre

Desde nuestro punto de vista, el contexto social, político, cultural, mediático y periodístico profesional fue determinante para el surgimiento de un nuevo medio gráfico como *Página/12*. No queremos sugerir con ello la inevitabilidad de la existencia de un medio como este, sino proponer que la conjunción de esos factores (más algunas características subjetivas de los actores involucrados) fue condición de posibilidad de su surgimiento. Entendemos que no podemos definirlo como una *rara avis* ni un fenómeno aislado en el campo periodístico profesional, ya que ese contexto que hizo posible su

aparición también se conjugó con experiencias similares por lineamientos y público lector que tuvieron menor suerte en su dimensión comercial, imposibilitando su supervivencia.

Pasados ya varios años de su nacimiento, el intento de este trabajo es de alguna manera reponer el marco en el cual una experiencia transfiguró el periodismo gráfico vernáculo e intentar refinar la reflexión sobre esta apuesta político-periodística iniciada el 26 de mayo de 1987. Sin quitarle ninguno de sus méritos ni restarle peso en el periodismo, creemos que comprender el marco en el que apareció permite una mejor reflexión para participar del debate sobre las transformaciones en el campo profesional periodístico que se fueron generando en el último tiempo.

Bibliografía

- Anguita, E. (2002). *Grandes hermanos. Alianzas y negocios ocultos de los dueños de la información*. Buenos Aires: Colihue.
- Bernetti, J. (1992). Después del Proceso, entre la monotonía y la ruptura, en *Medios y enteros n° 2*, Universidad Nacional de Rosario: Rosario.
- Blaustein, E. y Zubieta, M. (1998). *Decíamos ayer. La prensa argentina durante el proceso*. Buenos Aires: Colihue.
- Borrelli, M. (2016). *Por una dictadura desarrollista. Clarín frente a los años de Videla y Martínez de Hoz (1976-1981)*. Buenos Aires: Biblos.
- Mochkofsky, G. (2003). *Timerman, el periodista que quiso ser parte del poder (1923-1999)*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Rivera, J. y Romano, E. (1987). *Claves del periodismo argentino actual*. Buenos Aires: Ediciones Tarso.
- Vommaro, G. (2006). “Cuando el pasado es superado por el presente: las elecciones presidenciales de 1983 y la construcción de un nuevo tiempo político en la Argentina”. En Pucciarelli, A. *Los años de Alfonsín (245-290)*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Ulanovsky, C. (1997). *Parén las rotativas. Historia de los grandes diarios, revistas y periodistas argentinos*. Buenos Aires: Espasa.